

CONCEPCIONES TEÓRICO-METODOLÓGICAS PARA EL ESTUDIO DE LA FAMILIA. EXPERIENCIAS Y REFLEXIONES.

Mareelén Díaz Tenorio

Yohanka Valdés Jiménez

Alberta Durán Gondar.

¿Qué entendemos por Familia?

La familia se ha considerado históricamente la “célula base” de la sociedad y como tal, desde ese lugar, ya se le plantean variadas exigencias. Para algunos la concepción de célula sólo representa su cualidad de unidad mínima de la sociedad. Sin embargo, la mayoría asume este concepto para caracterizar a la familia por su valor como sistema social y su complejidad como “organismo vivo”.

La familia puede ser analizada como institución y como grupo social. Como institución social no ha podido ser reemplazada por ninguna otra, dado su papel rector en el proceso de socialización de los individuos, proceso cambiante a través del tiempo y en las distintas sociedades. Su carácter institucional la ubica en una estrecha relación con la sociedad, no sólo por constituir el mejor espacio de vínculo e intermediación entre el individuo y el sistema social, sino como espacio privilegiado para la acción de políticas sociales y económicas.

De manera que, para analizar el desarrollo de la familia, resulta necesario combinar la valoración e interinfluencia de indicadores a nivel macrosocial y su estudio como grupo, como unidad de análisis. Esto supone conceptualizar a la familia, asumiendo un enfoque integral que incorpore la diversidad y la particularidad en un sistema relacional dialéctico. En esta dirección, podemos encontrar en la literatura múltiples definiciones

referidas al tema familia que reflejan con precisión las características de un contexto o época determinada, estableciendo sus límites de acuerdo con los intereses investigativos y campo teórico que avalan las concepciones de sus autores. Incorporándonos al debate científico en esta área del saber, definimos a la familia como *“un grupo integrado por dos ó más personas, emparentadas entre sí hasta el cuarto grado de consanguinidad y segundo de afinidad, que conviven de forma habitual en una vivienda o parte de ella y tienen un presupuesto común”*.

Cuando intentamos precisar el término familia, compartimos la opinión de M. A. Durán cuando argumenta: “En sentido estricto, “la familia” no existe, es una sustantivización o abstracción conceptual... lo que conocemos son formas muy variadas y cambiantes de relaciones interpersonales en torno a dos ejes de vinculación: los de afinidad y los consanguíneos “(Durán, M. A, 2000:3). Sin embargo, estos ejes de vinculación se complejizan cada vez más y afectan de manera importante las relaciones interpersonales al interior de este grupo humano. Esta complejidad es resultado de la diversidad que caracteriza hoy a los numerosos sistemas sociales, unido a las demandas cambiantes de una realidad social que introduce sensibles transformaciones ideológicas, culturales y económicas en cada nación.

Por otra parte, la investigación del grupo familiar implica distinguir dos niveles de análisis: el nivel subjetivo y objetivo. En el plano subjetivo es necesario reconocer que la familia abarca una red de relaciones mucho más amplia y sutil que las limitadas al espacio del hogar, y al mismo tiempo, cumple otras funciones que trascienden sus fronteras. Son realidades que pueden solaparse, pero entre ellas existen diferencias sustanciales. “La familia es una continuidad simbólica que trasciende a cada individuo y a cada generación, que engarza el tiempo pasado y el tiempo futuro... siempre hay un núcleo de familiares reconocidos que viven en hogares separados y no obstante, forman parte de un “nosotros” psicosociológico de identidad colectiva... Los hogares son acotaciones del espacio y del tiempo... son configuraciones de símbolos y la

coincidencia en el mismo espacio proporciona también cierta identidad de grupo “.
(Durán, M. A; 2000: 5).

Cada individuo tiene su propia elaboración y representación acerca del grupo familiar, ya sea por su valor referencial o por constituir el grupo de pertenencia primario. Este elemento plantea retos para la investigación, en tanto cada persona construye su modelo de familia a partir del lugar que ocupa en el sistema de relaciones grupales, en cada etapa del ciclo de vida familiar.

En el plano objetivo también hay que incluir el análisis de las condiciones materiales de vida, entendidas como conjunto de bienes y recursos, que constituyen premisas básicas para el desarrollo de las funciones familiares, así como las características del entorno más cercano a la familia (relaciones, contexto). De manera que, para valorar a la familia, debemos examinar los cambios sociales que se han generado en los últimos años y que han impactado la dinámica de diferentes instituciones y grupos de la sociedad. Es importante ubicar el objeto de estudio en un escenario más amplio que facilite su comprensión, sin perder de vista su particularidad.

¿Cómo estudiar la Familia desde lo sociopsicológico?

Las transformaciones sociales trascienden los marcos de nuestro país y se ubican en un contexto internacional caracterizado por una tendencia reciente a la globalización. Entre las principales características de este proceso, se destacan la profundización e intensificación de los nexos globales, culturales, tecnológicos y culturales. Incluye además, mayor apertura al comercio internacional y la existencia de redes de producción de carácter transnacional. Así, “se han generado nuevas formas de organización social que han sido denominadas de 'sociedad en red' (Castells, 1998) las que paradójicamente se acompañan del aumento de las brechas sociales” (En: Arriagada, I., 2000: 1).

La globalización pudiera constituir para la humanidad, la posibilidad de mayores opciones para la concertación que permitan su autotransformación; sin embargo, lo que sucede es que cada vez más se acentúa su potencial negativo y su carácter neoliberal. Se legitima un modelo de crecimiento económico que no genera empleo y origina una mayor heterogeneidad en el mercado de trabajo.

Cuba no escapa a la influencia de nexos globales, ni a los procesos de selectividad estructural que se están consolidando a escala internacional. En la última década se han configurado un conjunto de indicadores que fundamentan esta posición, entre los cuales se destacan: complejización y heterogenización de la estructura socioclasista; aumento del desempleo y la pobreza; fractura entre sector emergente y tradicional, y aumento del sector de autogeneración de empleo (informal). No obstante, podemos identificar en la realidad cubana ciertas peculiaridades que definen su proyecto social y reafirman sus rasgos de justicia y equidad social. Las políticas estatales han logrado mantener la pobreza en su mínima expresión, conservando la capacidad distributiva y priorizando recursos en las esferas más importantes de la vida social: salud y educación, a pesar de atravesar una profunda crisis socioeconómica en los últimos años.

En la década del 90, con el derrumbe del campo socialista europeo y el recrudecimiento del bloqueo norteamericano, el país atraviesa un período de crisis económica caracterizado por agudas contradicciones sociopolíticas y el marcado deterioro de las condiciones de vida de la población. La crisis de inserción que se origina en la economía cubana tiene un doble impacto en la vida social: en primer lugar, el derivado de la propia vivencia de crisis y ruptura con el cotidiano de vida; y en segundo lugar, el impacto provocado por la implementación de un conjunto de reformas socioeconómicas para amortiguar los efectos de la crisis e introducir cambios en las estructuras básicas del sistema económico, sin enajenar su esencia socialista.

Las modificaciones producidas en las condiciones de vida, resultado del proceso crisis–reajuste, influyen marcadamente en la familia, grupo medular del entramado social. El grupo familiar atenúa, concentra e intenta resolver múltiples contradicciones que surgen en y durante la crisis. Desde la solución de los problemas materiales más acuciantes hasta la reestructuración de valores y normas morales y conductuales, todo pasa de una u otra forma por la familia.

La diversidad de familias existentes posee determinados recursos materiales, intelectuales y afectivos de partida para enfrentar las contradicciones que genera la crisis; cada familia es una individualidad específica, pero todas, de alguna manera, sufren cambios en esta década, no sólo determinados por su propia evolución como grupo primario, sino por las condiciones cambiantes de un medio social que había alcanzado un nivel de desarrollo económico y político que garantizaba – y aún lo hace hoy, pese a las dificultades -, una estabilidad ciudadana.

Los factores sociales y el propio desarrollo del grupo familiar, plantea modificaciones a su funcionamiento, que se expresan de manera singular en el ejercicio de sus funciones, en las prioridades que la familia comienza a establecer, y en la configuración de modelos o rasgos estructurales que definen su dinámica interna. Pero más allá de los mecanismos desplegados por la familia para adaptarse a las nuevas condiciones del entorno, ella ha sido protagonista de un conjunto de tensiones y contradicciones gestadas en el nivel macrosocial. Estas condiciones coyunturales, pueden fortalecer o debilitar a la familia cubana; sus efectos dependen de la integración de múltiples factores económicos, psicológicos y sociales.

Retomar la concepción “celular” de la familia señala, como paso imprescindible, la necesidad de considerar las funciones que este organismo social cumple para mantener su propia vida y para contribuir al funcionamiento del sistema social en el que ella se inserta. Analizar las funciones de la familia exige considerar la interrelación entre sus

miembros –o componentes que la estructuran- y su interacción como grupo unitario, con el resto de la sociedad.

Desde finales de la década del 80 nuestro departamento estableció una concepción de las funciones que cumplía la familia y de su significado (Reca, I. y otros, 1990): *“El concepto de función comprende las actividades que cotidianamente realiza la familia, las relaciones sociales que establecen en la realización de estas actividades (relaciones intra y extrafamiliares) y los efectos producidos por ambas”*. (Ob. cit., p. 6)

Los autores de esta concepción enfatizaban que las actividades, las relaciones y sus efectos no discurrían en planos independientes –a lo interno, a nivel comunitario y de la sociedad- si no que operaban simultáneamente en los niveles micro, meso y macrosocial, como aportes de la familia a la reproducción social. Para aclarar esta concepción dialéctica de las funciones familiares se explica: *“Aunque analíticamente separables, las funciones de la familia constituyen un complejo de procesos estrechamente entrelazados que, en su unidad, constituyen la síntesis del proceso de reproducción social de la familia, proceso éste que es parte de la reproducción de la sociedad”*. (Ibídem)

También se consideró un modelo analítico que comprendía tres funciones o “complejos de funciones”: la biosocial, la económica y la cultural, y una función integradora resultante: la función educativa o formadora que “es el resultado no solo de algunas actividades llamadas ‘educativas’ sino de las múltiples actividades y relaciones que se establecen en la familia y se desarrollan en condiciones de vida determinadas... Su análisis implica la descripción pormenorizada de las actividades y relaciones propias de cada función y un balance de los efectos que pueden imputársele en términos de la formación de las personalidades de los hijos”. (Ibídem)

La función biosocial está relacionada con las actividades sexual, reproductiva, amorosa y afectiva; caracteriza las relaciones sexuales y afectivas de la pareja, los vínculos de cariño y apoyo paterno/materno-filiales y entre los distintos miembros de la familia. Al micronivel satisface las necesidades afectivas, de procreación y sexuales de los

miembros, a la par que permite la ampliación de la familia; al macronivel permite la reproducción de la población y brinda modelos sociales de comportamiento sexual masculino y femenino.

La función económica asegura la existencia física y el desarrollo de todos los miembros a través de la organización del presupuesto, el abastecimiento y el consumo, del desempeño del trabajo doméstico y de la asistencia a instituciones de educación, salud y servicios; caracteriza las relaciones que se manifiestan por la división del trabajo doméstico. “La satisfacción de estas necesidades depende fundamentalmente de los ingresos del trabajo de los miembros adultos y de los fondos sociales de consumo en el caso de los servicios educativos y de salud. La familia es una unidad de servicio social...” (Ob. cit., p.7).

En el nivel social esta función permite la reposición de la fuerza de trabajo, garantiza la crianza de las nuevas generaciones y el cuidado de enfermos y ancianos, a la par que brinda modelos femeninos y masculinos para el trabajo doméstico. Esta función también valora a la familia como “unidad productiva” o sea como sistema de actividades y relaciones que tienen como fin la creación de bienes de consumo y de servicios para el mercado.

La función cultural permite la satisfacción de necesidades “superiores” –o espirituales- del grupo a través de las actividades recreativas, educativas, de superación y en el uso del tiempo libre de la familia. En ella se estudian las relaciones y la comunicación entre los distintos miembros de la familia: padre/madre-hijo(a), de la pareja, entre miembros de diferentes generaciones, entre hermanos, etc. Ella aporta a la familia el desarrollo de conocimientos y de determinados valores del grupo y de sus miembros, mientras que su efecto al macronivel representa la transmisión de un conjunto de tradiciones y valores culturales e ideológicos.

A finales de la década del 90, los estudios empíricos de la familia cubana realizados por el Departamento y los propósitos de una investigación cualitativa, permitían nuevas

precisiones en el contenido de las funciones familiares. Si bien decidimos mantener la concepción general –que consideramos la más clara y útil de las encontradas en la literatura científica del tema- la complejización de la familia y del contexto social del país exigía abordar nuevas actividades y formas de relación entre los miembros en cada función estudiada.

Considerando los altos indicadores de divorcio y de rematrimonios, dentro de la función biosocial se deberán valorar las actividades y relaciones de los menores con padres y madres sustitutos/as, las de los sujetos de la pareja actual con los de las parejas anteriores –que son la madre o el padre de los hijos-. Las interrelaciones con las figuras de padre y madre sustitutos plantea complejidades en varias direcciones y requieren nuevos niveles de elaboración para su estudio, pues lo investigado hasta ahora en torno al divorcio y a las relaciones intrafamiliares en estas estructuras resulta insuficiente para su caracterización. (Turtós L. y Y. Valdés, 1999).

La función económica exige valorar también nuevas problemáticas. Si en la década del 80 se consideraban solamente como ejemplos de “unidad productiva” a las familias de pequeños agricultores, hoy este concepto se puede aplicar a otras formas de trabajo colectivo del grupo familiar, propias del mundo de los “cuentapropistas” como restoranes y cafeterías, formas de servicios, etc. que se han convertido en negocios familiares. Ello requeriría modelar, para su estudio, las relaciones y las actividades conjuntas de estas familias considerando el lugar que ocupan las relaciones monetario mercantiles y las afectivas, las acciones para lograr el producto y el lugar de los miembros en la “cadena” productiva, las relaciones jefe/patrón y subordinados, etc. Estas formas de relaciones no fueron modeladas en la concepción inicial, y constituyen un reto de futuro si se quiere comenzar el estudio de estas formas de familia.

También es necesario valorar que esta función no se satisface, en la actualidad, solamente a través del *trabajo*; existen fuentes alternativas de ingresos económicos –y por lo tanto de satisfacción de las necesidades familiares en este sentido- que son fruto de regalos o donativos, como las remesas familiares, que permitirían a algunas familias –o a algún miembro de ella- incluso niveles más altos de satisfacción que los provenientes del trabajo. Considerar, por ejemplo, a través de qué miembro se obtienen estos ingresos –o si están destinados a toda la familia- plantea nuevas dinámicas en las relaciones intragrupalas –posiciones de poder/dependencia, v.g.- y en la actividad familiar.

Por último, el análisis de la función económica, en su significación para la sociedad, no consideramos se pueda reducir a reponer la fuerza de trabajo, garantizar la crianza de las nuevas generaciones, el cuidado de enfermos y ancianos, y a brindar modelos femeninos y masculinos para el trabajo doméstico. El trabajo doméstico, al interior del hogar, también constituye un alto aporte económico a la familia y al país. Aunque trabajo no remunerado y considerado “invisible”, sin ganancias mercantiles o valor de intercambio y muy concentrado en las mujeres, no sólo garantiza la reproducción social de la fuerza laboral, permite la producción de bienes y servicios típicos que, si se cuantificaran, elevarían considerablemente el producto interno bruto del país.

Estas nuevas concepciones de la función económica parecían referentes científicos muy alejados de nuestra realidad social, pero hoy la complejización de la vida económica en nuestro país permite reconocer la casi totalidad de formas que la estudiosa española M. A. Durán contempla al caracterizar el aporte socioeconómico que brinda la familia a la sociedad: “las unidades familiares constituyen un sector que exporta fuerza de trabajo (*toda la que absorbe el país, más la que emigra y menos la emigrada*), reducidas proporciones de bienes y servicios (*éstos principalmente a través de la llamada economía sumergida*) y capital (*que cede a la Banca y a la Administración Pública*). Importa fuerza de trabajo (*empleados del hogar*), bienes (*casi todo el consumo familiar*), servicios (*los*

más especializados que no pueden producir por sí mismos las unidades familiares) y capital (*los préstamos que toma del exterior*). Paga servicios obligatoriamente (*a la Administración Pública, vía impuestos y cotizaciones*) y recibe pensiones y otras ayudas. ... la vida cotidiana de hombres y mujeres, y muy especialmente de estas últimas, gira en torno a la producción doméstica de trabajo en casi todos los países del mundo” (Durán, M.A, 1988: 143).

La precisión del enfoque de la función socializadora –educativa o formadora- de la familia resulta un aspecto complejo. Si consideramos como concepción de partida el papel autorregulador de la personalidad, y por lo tanto el papel activo del sujeto en su desarrollo, no podemos esquematizar el estudio de esta función considerando “la descripción pormenorizada de las actividades y relaciones propias de cada función y un balance de los efectos que pueden imputársele en términos de la formación de las personalidades de los hijos”, según se definía en nuestros trabajos iniciales. No serían válidas la “descripción” ni “el balance de los efectos”; la primera no garantizaría el estudio de las condiciones favorecedoras o limitantes; el segundo sería sólo hipotetizable desde conjeturas de causa-efecto muy difíciles incluso desde la psicología clínica.

F. González precisa esta relación cuando explica “Los sistemas de influencias educativas no tienen una expresión conductual única, lineal e inmediata en el individuo. Las influencias educativas van a actuar sobre una personalidad que, independientemente del momento en que se encuentre, expresa en sus manifestaciones la síntesis individualizada de su experiencia anterior, sobre cuya base mediatiza de forma activa las nuevas influencias que recibe” (González; F.,1991:117).

Este autor resume: “la influencia educativa no tiene un valor en sí, fuera del sentido que el individuo le atribuye a partir de su personalidad... el verdadero proceso educativo se da al interior del individuo... la forma en que la personalidad traduce la información recibida por las influencias educativas en información relevante no

depende del valor que esta información contenga, ni de su mayor o menor justeza, sino del sentido psicológico que le confiere a ésta” (Ob. cit, p.118)

Otro aspecto a considerar en el estudio de la función socializadora son los sujetos de la socialización. Aunque las definiciones iniciales incluían la educación en todas las etapas de la vida, en los sujetos de cualquier edad –niños, jóvenes y adultos-, sólo se abordó en la investigación empírica la socialización de niños y adolescentes. No se llegó a profundizar en las potencialidades socializadoras distintivas de cada etapa desde la concepción de “situación del desarrollo”, ni se elaboraron distinciones específicas en los diferentes momentos de la adultez que permitieran estudiar las peculiaridades del “crecimiento” personal desde la vida familiar. Resulta imprescindible acercarnos a estas concepciones, aunque reconocemos las limitaciones que impone la ausencia de estudios evolutivos propios –y hasta foráneos- en la caracterización de la adultez o madurez, y de las llamadas tercera y cuarta edad.

Estas reflexiones exigen detenernos en un problema teórico - metodológico crucial para nuestra concepción de trabajo: el papel de la subjetividad individual y grupal en el cumplimiento de las funciones familiares. Hasta ahora nos hemos concentrado en las relaciones y en las formas de actividad, pero no hemos explorado el plano vivencial ni las aspiraciones o ideales de los sujetos -y del grupo como un todo- en el desempeño de estas funciones.

“El impacto mas inmediato y efectivo de las influencias educativas sobre la personalidad son las vivencias y reflexiones que el sujeto del proceso educativo expresa ante las influencias educativas actuantes” (Ob. cit., p. 117) De esta forma, considerar cómo cada sujeto estudiado percibe o se representa el rol que asume, los éxitos o fracasos del desempeño y de las metas que alcanza, y las emociones y sentimientos que manifiesta ante la actividad y la comunicación familiar, será un plano importante de análisis. También resulta imprescindible considerar los referentes que

utiliza –significados tomados de diferentes niveles de la sociedad o del propio grupo– y los sentidos personales que desarrolla, para comprender el funcionamiento familiar.

Un problema teórico-metodológico que también tuvimos que enfrentar para garantizar el estudio de la familia en la compleja realidad social de los noventa, fue la incorporación del concepto estrategias familiares. En ocasiones, se analiza el concepto de funciones familiares a través de la evolución histórica del funcionamiento de las familias, y se identifica como concepto con el de estrategias familiares, concibiéndose éste último como una construcción de mayor capacidad explicativa. En otros casos se ubica el concepto de estrategias familiares como puente entre las concepciones sobre el proceso de reducción–extensión de la familia (o de su funcionalidad como institución social) y las concepciones sobre los procesos de crecimiento-desarrollo de la familia moderna. En este sentido se habla de “funciones estratégicas”.

El concepto de estrategias familiares se ha definido de modo diferente por distintos autores y se explica con más claridad por sus formas que por sus elementos conceptuales esenciales. Hemos escogido algunas concepciones que nos parecieron más claras:

- “Asignaciones de recursos humanos y materiales a actividades relacionadas entre sí por parentesco (consanguíneo y afín) con el objeto de maximizar su aptitud para adaptarse a entornos materiales y sociales”. (Garrido, L. y E. Gil, 1993). Los autores refieren que el concepto capta a la familia en sus cambios al compás del cambio ambiental; la adaptación del comportamiento a los cambios del entorno. Las familias corrigen su comportamiento sobre la marcha (su actividad interna y externa) para adaptarse, o prevenir las vicisitudes del ambiente familiar.

Entre los ejemplos típicos de este comportamiento estratégico se señalan: la cantidad de hijos que se tienen o se dejan de tener; cómo se cuida o descuida su alimentación; qué tareas se les asigna y qué libertad se les confiere; la modificación del número de

miembros (entregando en adopción a los sobrantes); organización jerárquica interna (delegando la autoridad en la madre cuando el padre emigra); tipo de aprendizaje o entrenamiento de sus miembros (retirando al primogénito de los estudios para dedicarlo a la tierra); cambio en la etapa en que se producen los acontecimientos del cambio familiar (retrasando la boda de la hija más pequeña); etc.

- Otro autor, (Cornia, 1987; citado por R. Tuirán, 1991) señala que muchas estrategias han sido usadas a lo largo de toda la vida por familias pobres, pero que las familias recurren cada vez más a ellas en períodos de crisis económica generalizada, desempeñando una función clave como mecanismo amortiguador del deterioro de las condiciones de vida. Clasifica las estrategias familiares en tres amplios grupos: uno en el que se agrupan las estrategias destinadas a la generación de recursos; otro en el que las estrategias se orientan a mejorar la eficacia de los recursos; y el tercero dirigido a la manipulación del ciclo doméstico.

Las primeras tienen por objeto proteger el nivel de ingresos del hogar (en dinero y en especie), o al menos, contener su descenso dentro de ciertos límites, para satisfacer las demandas del consumo familiar. Entre éstas, se señalan la búsqueda de oportunidades remuneradas en el mercado local a través de la intensificación de la participación de los miembros de la familia en la actividad económica (uso de varones adultos disponibles, mujeres en distintas etapas del ciclo de vida, miembros en edades extremas como niños y ancianos); el desempeño simultáneo de 2 ó más ocupaciones; la combinación del trabajo asalariado con la actividad por cuenta propia o la intensificación de la jornada laboral.

Las estrategias del segundo grupo están destinadas a moderar el descenso de los niveles de consumo material y de bienestar familiar a raíz de una disminución generalizada de recursos: cambios en las pautas globales de consumo, hábitos de

compra, pautas dietéticas, así como los hábitos en la preparación de los alimentos y en la distribución intrafamiliar de las mismas.

En el tercer grupo se encuentra el cambio en la composición de la familia para aumentar su potencial de ingresos o modificar la relación entre necesidades y recursos. Por ejemplo, el aumento de hogares extensos, porque ofrecen mayor seguridad a los miembros si los adultos están incorporados al mercado laboral, equilibrando la relación consumidores-ingresos.

- Las estrategias se han conceptualizado también como “modos típicos de usar recursos para la consecución de objetivos, teniendo en cuenta los cambios del entorno. Incluyen desde las costumbres y las rutinas más inconscientes a los cálculos más concienzudos, y suelen ser una mezcla variable de ambos” (Carabaña, J.; 1993). Se señala que las estrategias son familiares, no sólo por el acto, sino también por el objeto sobre el que se actúa.

Se refiere que la familia pone en juego recursos objetivos y personales bajo la limitación de las normas institucionales en los mercados en que más posibilidades de éxito prevé, procurando la mejor posición estructural posible.

Para implementar estas estrategias “de colocación”, la familia acude a sus recursos económicos (dinero, ventas, negocios), sociales (redes de amistad y parentesco, contactos de prestigio e influencia en esferas sociales), políticos (poder en el ámbito político), culturales (conocimiento, saber) y simbólicos (status).

El autor advierte sobre el riesgo intrínseco de estas estrategias de colocación cuyo resultado puede ser el aumento o disminución de los recursos de partida; se define este proceso como el fundamento de la movilidad social. Se establece una relación entre sistema de enseñanza y estrategias de colocación, aunque se distingue ésta de la relación enseñanza-movilidad social.

- Se definen también estrategias familiares de vida como “prácticas sociales realizadas consciente o inconscientemente para mantener o cambiar la posición social de los sujetos que la ejecutan” (De Oliveira, O. y otros, 1989). Se establecen como niveles de análisis: la manutención cotidiana (obtención de salarios, producción de subsistencia e intercambio de bienes y servicios); la reposición generacional; la constitución y reproducción de las relaciones sociales; y acciones para lograr el acceso a los servicios de consumo colectivos otorgados por el Estado.
- C. Bonsotti define estrategias familiares como la “manera particular en que las unidades familiares de las diferentes situaciones de clase organizan y utilizan todos los hechos, recursos y relaciones de que disponen ante las circunstancias que enfrentan, dado el proyecto de lo que han de lograr como unidad y para cada uno de sus miembros. (Bonsotti, C., 1978).

En este caso parecen relacionarse estrategias familiares con proyectos familiares, introduciéndose una dimensión temporal futura que podría indicar la ejecución de acciones conscientes por los miembros del grupo familiar.

La investigación sobre estrategias de enfrentamiento está asociada, sobre todo en América Latina, a las diferencias entre estratos sociales y a la presencia de crisis económicas. Incluso se ha trabajado más el término de estrategias de supervivencia en su vinculación con la pobreza. Se distinguen dos niveles: subsistencia o enfrentamiento, para abordar el estudio del comportamiento familiar (en sentido amplio) en la satisfacción de necesidades básicas; y supervivencia para condiciones que están por debajo del nivel anterior.

Algunos estudios refieren la modificación y variabilidad de las estrategias en dependencia de características contextuales. (Tuirán, R., 1991). En general se concibe la variación de las estrategias en dependencia de múltiples factores como el éxito

alcanzado, los recursos con que se cuenta, su aceptación, los cambios contextuales y las contradicciones que generan.

Analizando los diferentes enfoques utilizados, sus similitudes y diferencias, nuestra valoración sobre el concepto parte de diferenciar “funcionamiento familiar” y “estrategias de enfrentamiento” como dos conceptualizaciones distintas e igualmente útiles en dependencia del objeto que se pretenda estudiar. Nuestra concepción de funciones familiares constituye un modelo analítico que puede aplicarse en cualquier circunstancia. El concepto de estrategias nos revela su importancia cuando se intenta estudiar el comportamiento familiar ante un cambio o evento que potencialmente encierra la necesidad del reordenamiento, modificación o búsqueda de alternativas diferentes a las utilizadas hasta ese momento para la satisfacción de las necesidades de la familia.

Las estrategias familiares presuponen de partida la existencia de una eventualidad particular que provoca en la familia, como grupo, la vivencia de incertidumbre e inseguridad para sus miembros, ya sea provocada por cambios bruscos en cualquier esfera de la vida, o por la presencia de una coyuntura particular; la familia se sitúa ante una eventualidad que requiere el despliegue de un comportamiento en correspondencia con esa situación.

Nuestra concepción también enfoca las estrategias familiares en sentido amplio y no estrictamente relacionadas con los aspectos económicos del funcionamiento familiar. En este sentido, no concebimos únicamente las acciones encaminadas a la elevación de los ingresos, sino todo el conjunto de acciones orientadas a enfrentar un evento o situación que modifica el comportamiento habitual, o al menos el que venía produciéndose con anterioridad.

Para nosotros, la adopción de estos comportamientos depende también del abanico de posibilidades (más o menos amplio) que la sociedad en su conjunto puede ofrecer. Su esencia radica en el despliegue de acciones, ante una eventualidad que provoca

incertidumbre para el grupo familiar. Definimos su connotación de “familiar”, en tanto puede ser creada o ejecutada por uno solo o varios de los miembros del grupo, pero sus posibles beneficios, o mejor, sus efectos, involucran a la familia como un todo.

Quiere decir que una familia podría desarrollar estrategias familiares ante un hecho particular, por ejemplo, ante el fallecimiento de su proveedor único. Pero ampliando el análisis, ante crisis sociales y económicas, las familias en general se ven obligadas a un despliegue estratégico, como se ha observado en América Latina con la crisis y el reajuste. La crisis socioeconómica y el reajuste, iniciados en Cuba en los noventa, ha provocando grandes y bruscos cambios al nivel de toda la sociedad y para el ejercicio de las funciones familiares en particular.

En cuanto a su direccionalidad, las estrategias familiares pueden estar dirigidas a la adaptación o a la transformación de la realidad grupal, ante las circunstancias eventuales. Esta distinción marca niveles que pueden alejar o acercar la estrategia familiar al desarrollo social; en la adaptación o transformación de las nuevas circunstancias, están contenidos elementos regresivos o progresivos de la evolución social.

Algunos autores adoptan la posición de incluir en el concepto, las acciones conscientes y predefinidas que racionalmente genera la familia, lo cual parece aproximarse a la definición de “planes de vida”. Otros, por el contrario, se proyectan hacia el extremo opuesto, planteando como necesidad el estudio de las acciones que no están avaladas por la racionalidad, sino las que emergen de niveles inconscientes o se caracterizan por su espontaneidad; se hace referencia a comportamientos que habían desaparecido del ámbito social o estaban dormidos y reaparecen ante la profundización de la crisis. En nuestro criterio, el estudio de los niveles de conciencia en la generación de estrategias es un tema interesante por sus efectos, pero no consideramos los niveles de concientización como un elemento esencial que defina el concepto. Las estrategias

pueden incluir tanto acciones conscientes y predefinidas, como acciones espontáneas o inconscientes.

Definimos el concepto de estrategias familiares de enfrentamiento como *el conjunto de vías y procedimientos utilizados por uno o varios miembros de la familia para adaptarse o transformar su realidad grupal y alcanzar objetivos comunes, en momentos de incertidumbre de la vida familiar generados por una situación particular*. Para profundizar en el análisis, la adopción de estrategias familiares debe verse desde la familia como grupo y como institución social. Con esta concepción de partida, el análisis conduce al planteamiento de interrogantes importantes relacionados con:

- La construcción de significados que elaboran las familias desde su vivencia de la crisis socioeconómica y el reajuste.
- El panorama de posibilidades alternativas para la elección de las acciones y la elección en sí misma.
- El grado de elaboración de las estrategias familiares a partir de las potencialidades de la familia.
- La dimensión temporal en la elaboración y ejecución de la estrategia, y su permanencia o variabilidad.
- La efectividad o correspondencia entre la estrategia y el fin para el que fue concebida.
- El grado de desarrollo de la familia como grupo evidenciado en el proceso, y también para el desarrollo de cada uno de sus miembros, lo cual incluye las posibilidades de articulación de estrategias individuales y estrategias grupales.
- La implicación y los efectos de la adopción de estrategias para el cumplimiento de las funciones de la familia como institución social.
- La correspondencia entre la elección y ejecución de la estrategia y el progreso social.

A nuestro juicio, estos cuestionamientos abren las posibilidades del estudio del tema en la sociedad cubana actual, por las características que incorpora a la reproducción social. Su análisis histórico posibilitaría evaluar, con una dimensión temporal, la variabilidad de las estrategias y el desarrollo o no de las potencialidades de la familia como grupo, a través de las fases de la crisis socioeconómica y el reajuste.

Exigencias metodológicas generales en el estudio sociopsicológico de la Familia

Estudiar con diferentes propósitos a las familias concretas, existentes en la realidad social, siempre resulta complejo. Por una parte, encontrar el equilibrio entre el respeto hacia ella como espacio íntimo, privado, y la necesidad de irrumpir en su realidad de una u otra forma, resulta una tarea difícil, riesgosa en lo ético y que siempre debe evitar “yatrogenia”. Por otra parte, hay que romper resistencias personales o grupales, más o menos conscientes, que llevan a proteger a la familia de las miradas ajenas y a dar una visión favorable, de optimismo a ultranza –o por el contrario, de total pesimismo- de las realidades familiares. Todo investigador debe considerar estos mecanismos como puntos de partida imprescindibles para comenzar sus estudios sociopsicológicos de la familia.

En nuestro criterio, también debemos considerar otras exigencias -ligadas a un enfoque dialéctico de partida- que permitirían estudiar y analizar la realidad familiar en su origen y en toda su complejidad en el momento de la investigación, atendiendo a los objetivos trazados. Así nos parece necesario apuntar como “principios” de esta labor:

- Considerar a la familia como unidad de análisis: La familia constituye un sistema de múltiples nexos e interacciones que, de forma permanente, mediatizan el proceso de formación de la personalidad de sus integrantes y de construcción de su identidad

como grupo. Concebir el estudio de la familia exige, por lo tanto, comprender la dimensión individual y grupal como momentos cualitativamente diferentes, que aportan diversidad de significados, posibles de integrar en el análisis. Durante la investigación es necesario crear espacios que permitan explorar la realidad familiar desde las percepciones y valoraciones de cada integrante y del grupo, - a través de instrumentos o tareas colectivas que evoquen conductas y relaciones propias de la dinámica grupal -. Se trata de lograr un nivel de objetividad en el conocimiento de la familia, que trascienda la tendencia a absolutizar criterios de jueces individuales, o sobredimensionar el valor de opiniones y vivencias de algunos miembros, desconociendo otros aportes individuales que pueden enriquecer la interpretación de los datos; el hecho es reconocer al grupo como unidad y no como suma de partes.

- Examinar el contexto social en el que se inserta la familia y los nexos que en él establece el grupo estudiado: En la compleja relación entre la familia y los restantes sistemas y niveles sociales, mucho se puede analizar, pero de lo que se trata es de conocer, al menos, los referentes culturales y las relaciones que establece ese grupo familiar con su entorno comunitario o barrial inmediato, o sea, con las instituciones y organizaciones comunitarias y con los vecinos; qué ayudas –apoyos formales o informales- encuentra y qué agresiones vivencia. Un aspecto muy importante lo constituyen las redes familiares presentes en la realidad familiar, tanto de forma objetiva como en las subjetividades de sus miembros. Todo ello forma parte también de las “condiciones de vida familiares”; al menos en nuestra cultura, la familia no vive, en general, en una urna sino en una compleja red de nexos con la realidad social que la rodea.

- Valorar el origen y evolución histórica de ese grupo familiar: Cada grupo familiar en su estructura y funcionamiento tiene su historia originaria; construye su nueva realidad a partir de la deconstrucción de culturas personales y familiares de los miembros que la integran. No se trata de examinar el abolengo para un estudio

sociopsicológico de la familia, pero se requiere conocer los antecedentes del hoy familiar, sus condiciones de desarrollo como grupo y los principales avatares que han tenido que sortear o vencer en la vida conjunta; sólo así podremos comprender con claridad el presente.

- Reflexionar en las influencias de la etapa del desarrollo en la que se encuentra como grupo familiar: Durante su desarrollo la familia atraviesa determinados períodos evolutivos, previsibles o no, que pueden marcar etapas de vulnerabilidad psicológica para el grupo, consolidar sus potencialidades, o estimular su crecimiento. No basta con examinar o conocer el período evolutivo o edad cronológica de cada integrante -lo cual, sin dudas constituye un dato significativo-, es necesario analizar cómo cada familia se organiza para dar respuesta a las demandas individuales y grupales en cada etapa del desarrollo, y qué recursos moviliza para garantizar el ejercicio de sus funciones. No es posible desconocer la influencia de factores sociales, culturales y económicos en la manera en que cada familia vivencia las diferentes etapas del ciclo de vida familiar y en las modificaciones que se producen en sus componentes estructurales y dinámicos.

- Considerar los enfoques de género y generacional: Al margen de hacer objeto de estudio el género o la generación dentro de las investigaciones de la familia, en todos – o en casi todos, para no ser absolutas- los estudios sociopsicológicos de este grupo se pueden hacer “lecturas” desde estas categorías. Las representaciones y valoraciones de la realidad familiar, los roles desempeñados, la posición que se ocupa, etc., dependen en muchos sentidos, de ser hombre o mujer; niño, joven o adulto mayor. Cada uno puede ser un juez con criterios diferentes –de hecho cada miembro lo es- pero como investigadores no debemos soslayar, en la indagación ni en las interpretaciones, el sesgo que estos elementos pueden introducir.

Hasta aquí hemos expuesto nuestras principales concepciones teóricas y metodológicas que nos han guiado en el estudio sociopsicológico de la familia durante estos años de trabajo. Cada investigación que ha considerado a la familia como objeto de estudio, según sus propósitos y alcance, ha ajustado este modelo general y ha elaborado nuevas precisiones teniendo en cuenta las realidades de las familias en nuestro país -y no sólo cuestiones epistemológicas-. Sabemos que nos queda mucho en la elaboración de un modelo más abarcador; nuestra gran insatisfacción –aunque no la única- es la conceptualización de las dinámicas o interacciones familiares, y las herramientas para su estudio; en ello trabajamos en la actualidad.

Referencias Bibliográficas

- Arriagada, I. (2000). *¿Nuevas familias para un nuevo siglo?*. Ponencia presentada en la V Conferencia Iberoamericana sobre Familia, Madrid, España.
- Bonsotti, C. (1978). *Notas sobre la familia como unidad socioeconómica*. CEPAL, Chile.
- Carabaña, J. (1993). *Educación y estrategias familiares de reproducción*. En: Estrategias Familiares, Alianza Universidad, Madrid.
- De Oliveira, O. y otros, (1989). *Grupos domésticos y reproducción cotidiana*. Editorial Miguel Angel Porrúa, México.
- Durán, M. A. (1988). *De puertas adentro*. Instituto de la Mujer, Ministerio de Cultura, Madrid.
- _____ (2000). *La Red Iberoamericana para la integración de la producción de los hogares en los Sistemas de Contabilidad Nacional*. Ponencia presentada en la V Conferencia Iberoamericana sobre Familia, Madrid.
- Fortuna, J. C. (1982). *En torno a las estrategias familiares de vida*. Centro de Información y Estudios de Uruguay. CIESU.

- Garrido, L. y E. Gil, (1993). *Estrategias familiares*. Editorial Alianza Universidad, Madrid.
- González, F. (1991). *La personalidad. Su educación y desarrollo*. Editorial Pueblo y Educación, La Habana.
- Reca, I. y otros . (1988). *Conjunto de indicadores para la evaluación del modo de vida familiar*. Dpto. de Sociología, CIPS, La Habana.
- _____, (1990). *Medidas para el perfeccionamiento del modo de vida y la función formadora de la familia con hijos adolescentes y jóvenes*. CIPS, La Habana.
- Tuirán, R, (1991). *Estrategias familiares de vida en época de crisis: el caso de México*. Taller de Trabajo Familia, Desarrollo y Dinámica de Población en A. Latina y el Caribe. Santiago de Chile.
- Turtós, L. y Y. Valdés, (1999). *El divorcio, un proceso de transición. ¿Nuevas configuraciones familiares o ruptura de una identidad familiar?* Trabajo de Diploma, Facultad de Psicología, Universidad de la Habana.